

Vida fronteriza en el *Poema de Mio Cid*: Medina y Molina

María de la Concepción Piñero Valverde
Universidade de São Paulo

59

En el *Poema de Mio Cid (PMC)*¹ nos llama particularmente la atención la convivencia entre adversarios. De la coexistencia de fuerzas y corrientes diversas, a veces opuestas, surge en la Península Ibérica de la Edad Media un tipo de hombre nuevo, el hombre de frontera, participante de dos mundos: el oriental y el occidental, el musulmán y el cristiano. Pero la frontera no la entendemos aquí solamente como demarcación de límites, sino también como lugar de encuentro, ocasión de intercambio de experiencias. En la medida que supone el encuentro, la frontera puede favorecer el conocimiento del 'otro', la aceptación de lo diferente, el aprecio de cualidades ajenas.

Dos ciudades en el *PMC*, Medina y Molina, se nos figuran características de la frontera así considerada. Dos ciudades que en el *Poema* revelan de modo particular los efectos de la contingüidad de culturas y de la vecindad entre moros y cristianos. Cada una de estas ciudades fronterizas ofrece una perspectiva propia. Medina mira la frontera desde Castilla; Molina la mira desde al-Andalus. A continuación se buscará descubrir lo 'fronterizo' de ambas ciudades en el examen de algunos trechos del *PMC*.

Medina, nombre abreviado de Medinaceli, es una plaza cristiana a menudo mencionada en el *Poema*. Esto puede sorprender: la Medinaceli histórica fue siempre musulmana durante la vida del Cid. ¿Habría aquí desconocimiento del dato histórico o más bien propósito de ignorarlo? Por el desconocimiento opina Menéndez Pidal para quien «el poeta de Medinaceli se muestra poco enraizado con su terruño»².

¹ Aquí citado según la edición de Colin Smith, Cátedra, Madrid, 1982 (9ª ed.).

² Ramón Menéndez Pidal, *En torno al Poema del Cid*, Edhasa, Barcelona, 1983, pp. 120-121.

Pero Peter E. Russell se plantea la cuestión en términos algo distintos y llega a otra conclusión. Para él, al creer o aparentar creer que en vida del Cid Medina era territorio ya conquistado, el poeta le atribuye a la ciudad una doble función de microtoponimia: recordar a su público cuán cerca de Medinaceli había llegado el señorío del Cid después de la captura de Valencia y, en segundo lugar, prestar verosimilitud a una serie de datos históricos ficticios mediante la cita de una sucesión de topónimos verdaderos³. Con otras palabras: la microtoponimia haría verosímil la función ‘fronteriza’ de una Medina cristiana.

Prescindiendo ahora de averiguar cuál haya sido el acceso del poeta a las fuentes documentales y cuál su conocimiento de la geografía cidiana, lo que interesa aquí resaltar es que, según Russell, el juglar-autor utiliza sus datos, precisamente, como poeta. No se trata, por tanto, de examinar en esta ocasión los reflejos de la Medinaceli histórica, sino la función de la Medina del *PMC*, o sea, de la Medina poética. Nótese, a este propósito, un pormenor significativo: tanto las crónicas castellanas como las árabes siempre hablan de Medinaceli. En cambio, el *Poema* se refiere únicamente a Medina, indicio —afirma Menéndez Pidal— de que para el autor esa Medina no se podía confundir con ninguna otra⁴, y quizás indicio también del inicio de un proceso de transformación poética de esa ciudad inconfundible. Conviene, entonces, indagar su función en el *Poema*.

La Medina del *PMC* es fortaleza clave de Castilla frente a los moros. Al haber establecido el Cid su estado cristiano en Valencia, y siendo amigo del caudillo moro de Molina, aquella fortaleza, según el *Poema*, vino a ser límite entre los dominios del monarca castellano y los territorios dominados por el Cid. Medina, por consiguiente, es ciudad fronteriza por doble título: lindera entre las tierras reales y las del Cid; lindera entre tierras cristianas y moras.

La visión de Medina como límite, en el primer caso, queda bien caracterizada por las palabras que el *Poema* atribuye a Alfonso VI, quien sólo hasta allá extiende su protección a la familia del Cid:

fata dentro en Medina denles quanto huebos les fuer;
desi adelant piensse dellas el Campeador.
(vv. 1382-1383)

³ Peter E. Russell, *Temas de «La Celestina» y otros estudios*, Ariel, Barcelona, 1978, pp. 38 y 173.

⁴ *Cantar de Mio Cid*, Espasa-Calpe, Madrid, 1956, (3ª ed.), I, p. 62.

Y en Medina *todo el recabdo esta:*

(vv. 1491-1494, subrayados nuestros)

Obsérvese cómo el Poema prepara a su público para la llegada a Medina. La perspectiva de alcanzar la ciudad preserva a los viajeros de los efectos de la naturaleza amenazadora («montañas... fieras y grandes») y les asegura la paz interior («ningún miedo han»), estado de espíritu propio de quien ya presiente «todo el recabdo» de la ciudad amiga. A Medina confía el Cid sus criaturas más queridas, quedando tranquilo pues

Su mugier e sus fijas en Medina estan;

(v. 1484)

La Medina del *PMC*, pues, es ciudad fronteriza en el sentido que al inicio se decía: ciudad donde se experimenta de cerca la convivencia sin hostilidad entre diferentes grupos humanos. Lindera de las tierras del moro Abengalbón, Medina surge en el *PMC* como lugar donde la frontera por sí misma no supone peligro o amenaza.

62

Las acciones del Cid, además, se desarrollan, según el *Poema*, siempre en zonas fronterizas, y tal es la que va desde San Esteban de Gormaz hasta Calatayud, por el norte, y desde Gaudalajara hasta Albarracín, por el sur. Es éste el triángulo geográfico propuesto por Ubieto Arteta, más las regiones señaladas por Menéndez Pidal y Criado del Val como importantes⁵. En el centro de esta región se encuentra Molina de Aragón.

Está claro que el autor del *PMC* no solamente conocía Molina y su geografía, sino también su historia y su fuero⁶. Sabía que se trataba de una villa mora en el camino de Castilla a Valencia, en posición estratégica entre tierras cristianas. Según el *Poema*, el Cid reconoce sin dificultades el dominio moro sobre esa ciudad:

vayades a Molina que yaze mas adelant,

tienela Avengalvon —mio amigo es de paz—

(vv. 1463-1464)

⁵ Ramón Menéndez Pidal, «Dos poetas en el *Cantar de Mio Cid*», *op. cit.*, pp. 115-174; Antonio Ubieto Arteta, *El «Cantar de Mio Cid» y algunos problemas históricos*, Anubar, Valencia, 1973, pp. 74-75; Manuel Criado de Val, «Geografía, toponimia e itinerario del *Cantar de Mio Cid*», *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 86 (1970), pp. 83-107.

⁶ María Eugenia Lacarra, *El «Poema de Mio Cid»: Realidad histórica e ideología*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1980, p. 258.

En ningún momento en el *Poema* se insinúa la necesidad de una conquista militar de Molina, lo que es notable, teniendo en cuenta su posición estratégica y el botín que podía ofrecer, pues la ciudad era opulenta:

Entrados son a Molina, buena e rica casa;
(v. 1550)

Pero no sólo en este aspecto Molina es un ejemplo de frontera como lugar de convivencia respetuosa. En ella también se da abrigo a cristianos de paso. En la Molina del *PMC* hallan reposo durante sus repetidas jornadas Muño Gustioz, Pedro Bermúdez, Martín Antolínez y el obispo don Jerónimo, allí acogidos por el moro Abengalbón cuando van al encuentro de doña Jimena:

Qui buen mandadero enbia tal deve sperar!
Tu, Muño Gustioz e Pero Vermuez delant
e Martin Antolínez un burgales leal,
el obispo don Jeronimo coronado de prestar,
cavalguedes con çiento guisados pora huebos de lidiar:
por Santa Maria vos vayades passar,
vayades a Molina que yaze mas adelant,
tienela Avengalvon —mio amigo es de paz—
(vv. 1457-1464)

63

También los infantes de Carrión pasan por la villa:

aguijan quanto pueden ifantes de Carrion;
felos en Molina con el moro Avengalvon.
(vv. 2646-2647)

Y, tras la afrenta de Corpes, doña Elvira y doña Sol:

e Minaya con las dueñas iva cabadelant.
[...]
Al moro Avengalvon de coraçon le plaz.
saliolos a reçeibir de buena voluntad;
(vv. 2874; 2881-2882)

Un punto importante hay que resaltar en esta visión de la ciudad fronteriza: Molina se presenta como lugar donde los cristianos habitan bajo un mismo techo con los moros. Nótese que, según María Eugenia Lacarra, el *PMC* conserva rasgos de la cautela con que se procuró evitar en la figura del Campeador cualquier sombra de ambigüedad religiosa. Ésta, en su opinión, es la razón por la cual nada se dice en el *Poema* sobre la presencia de moros entre la mesnada del Cid, colaboración militar entonces común, pero reprobada por la Iglesia en la época de la redacción del *Poema*⁷. Sin embargo, para el *PMC* y sus oyentes no parecía incompatible la presencia de cristianos, en términos cortesés, bajo el techo de un musulmán.

Más aún. No son sólo cristianos seculares los que en Molina se hospedan —como la familia del Cid y los infantes de Carrión—, sino incluso un respetable clérigo, «coronado de prestar» (v. 1460). El episodio del hospedaje de don Jerónimo en casa del moro Abengalbón no era, como se deduce, algo que pudiese causar al poeta temor de sospechas eclesiásticas. Y repárese que no hay en el obispo intención de proselitismo: el prelado no va a Molina en misión religiosa, sino a causa de los familiares del Cid. Es indiferente que los hechos relacionados a Abengalbón sean o no históricos: si todo es mera fantasía poética, lo que se concluye es que las autoridades de la Iglesia no la reprobaban, y los demás oyentes la entendían como versosímil, si no deseable. Por otra parte, si es episodio histórico, su irrestricta incorporación al texto poético es señal de que hechos de este género no causaban entonces asombro entre los cristianos. Por el contrario, precisamente en el episodio de su hospedaje en Molina, don Jerónimo es definido por el *PMC* como «buen christiano sin falla» (v. 1546).

Otro punto que merece asimismo atención. La acogida prestada a los cristianos podría encararse en el *Poema* como resignación mal disfrazada de los moros a la vecindad de adversarios más fuertes. Los moros, con otras palabras, recibirían a los cristianos haciendo de la necesidad virtud. Eso sin duda ocurriría y el mismo *PMC* deja clara la preponderancia cristiana entre los dos grupos. Sin embargo, en la Molina del *Poema* no se da el encuentro de personas que apenas se toleran en las apariencias. Al describirse la acogida que Abengalbón reserva a las hijas del Cid, se deja claro que se le atribuye al señor de Molina un sentimiento sincero y profundo de benevolencia:

Al moro Avengalvon *de coraçon le plaz,*
 saliolos a reçebir *de buena voluntad,*
 (vv. 2881-2882, subrayados nuestros)

⁷*Op. cit.*, pp. 171-172.

El *PMC* y su público, por tanto, admitían como perfectamente verosímil que un moro nutriera por los cristianos no solamente tolerancia resignada, sino amistad «de coraçon», sincera prueba de «buena voluntad».

Tendríamos que añadir que no siempre es pacífica la frontera presentada por el *Poema*. Casos de contigüidad armoniosa en sus versos sólo ocurren entre grupos ya habitantes de la Península. Entre cristianos y moros africanos, «fuerças de Marruecos» (v. 2312), moros «de alent partes del mar» (v. 1156), hay manifiesta hostilidad. Algo semejante parece entreverse también en las relaciones entre cristianos de ambos lados de los Pirineos. Mas a estos temas ya dediqué estudios particulares⁸. Resta decir, pues, en conclusión, que en la Medina y en la Molina del *PMC* existía la posibilidad de convivencia respetuosa e incluso de amistad, lo que parece haber estado en el centro de la creación poética de la frontera.

⁸ María de la Concepción Piñero Valverde, «*Nuevas de alent partes del mar: Aspectos de la convivencia entre cristianos y moros en el Poema de Mio Cid*», *Romanische Forschungen*, 101, 1 (1989), pp. 1-13.